

LA CASA DE LAS PUERTAS CERRADAS

Helena Vicente y Vincent L. Ochoa



• G R U P O •
AMANECER

Primera edición impresa en Octubre 2018

©2018, Grupo Amanecer

www.grupoamanecer.com

Texto ©Helena Vicente y Vincent L. Ochoa

Ilustraciones ©Vincent L. Ochoa

Corrección ©Verónica Domènech

Diseño de portada ©Mireia de No Honrubia

ISBN: 978-84-949294-0-3

Impreso en España

Para Laura



Ayer, en lo alto de las escaleras,
encontré a un hombre que no estaba ahí.
Tampoco hoy estaba allí.
Desearía, desearía que se fuera...

Cuando ayer volví a casa a las tres,
el hombre había estado esperándome allí,
pero, cuando en el vestíbulo, miré a mi alrededor.
¡No pude verlo en absoluto!
¡Vete, vete, no vuelvas más!
Vete, vete, y no des un portazo, por favor... (¡portazo!)

Anoche vi en lo alto de las escaleras,
un hombrecito que no estaba ahí.
Tampoco hoy estuvo aquí.
Oh, cómo desearía que se marchara.

William Hughes Mearns

Aunque quería, no podía dejar de temblar.

Me aferré a los barrotes de la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se me quedaron blancos.

La sangre parecía haber dejado de circular por mis venas. El miedo me impedía huir, tenía las rodillas clavadas en los escalones.

El hombre que no estaba ahí me observaba desde la distancia. Peor aún, se había dado cuenta de que yo también le miraba. Alargó su mano hacia mí, intentando darme alcance.

Cerré los ojos con tanta fuerza que empezaron a dolerme, solo podía desear que se marchara

«Márchate, márchate y no vuelvas».

CAPÍTULO 1

BOOMERANG



—Mitchell, ¿me estás escuchando?

Desperté con un sobresalto.

La voz de mamá me liberó de un mundo horrible y oscuro. No era la primera vez que soñaba con fantasmas. En los hospitales siempre me daba por pensar en ese tipo de cosas y, después de tantas noches en planta con la abuela, las historias sobre espíritus saturaban el ambiente y se presentaban en mis pesadillas.

—Sí —mentí, con la vista todavía nublada por el sueño.

Desvié mi atención hacia el paisaje que se veía a través de la ventanilla. Los árboles pasaban a toda velocidad a pocos metros del coche. Disminuían su frecuencia a medida que nos alejábamos del bosque y nos acercábamos a la costa.

—No te preocupes por la abuela. —Mamá me espió a través del espejo retrovisor—. Ya has oído al médico, se pondrá bien. Para tratarse de un infarto cerebral ha tenido mucha suerte. En unos meses podrá dejar la silla de ruedas y volver a caminar.

Sí, el médico dijo que mejoraría, aunque yo sabía que la abuela había estado a punto de morir. Al fin y al cabo, fui yo, y no ellos, quien estuvo presente cuando sufrió el ataque.

—Pero no podrá volver a casa, ¿verdad? —pregunté. Un bache en el camino nos hizo saltar sobre los asientos y me giré hacia el

maletero. Estaba hasta los topes de cajas y maletas que contenían toda mi ropa, cintas de música, cómics e incluso mis Lego. Contemplé la montaña de equipaje con cautela—. No volverá a estar como antes, por eso la has metido en el asilo.

—No digas asilo, es residencia para la tercera edad —rectificó ella—. Es casi como un hotel de lujo, pero con enfermeros que la ayudarán en lo que necesite las veinticuatro horas del día.

En otras palabras: como la abuela necesitaba atención constante, ya no podría cuidar de mí, y de la misma manera que mi madre no había tenido tiempo para cuidarme estos últimos años, tampoco lo tendría para su madre que estaba enferma.

Su trabajo como arquitecta en la ciudad le ocupaba mucho tiempo. Le obligaba a viajar mucho cuando la requerían en la capital. La mayoría de domingos y festivos acudía a casa de la abuela para hacernos una visita, pero nunca se quedaba el tiempo suficiente para acostumbrarnos a tenerla en casa. Ni siquiera para Acción de Gracias o Navidad, fechas en las que permanecía tres o cuatro días seguidos con nosotros. Luego siempre se marchaba, con prisas y disculpas, dejándonos solos otra vez.

Lo de la abuela era grave, eso estaba claro. Lo sabía porque mamá acudió de inmediato en cuanto llamaron del hospital, y en lugar de irse después como de costumbre, se quedó conmigo durante más de una semana. Algo que nunca había hecho. Llegué a pensar que, una vez se cansara de estar en la casa de la abuela y volviera a la suya, yo me quedaría solo por algún tiempo. Sin embargo, una vez acomodó a la abuela en la residencia dijo que debía vivir con ella.

Tuve que despedirme en silencio y con absoluta resignación del que había sido mi hogar hasta aquel momento: de la casa de la abuela, el bosque y todos los árboles a los que solía trepar. Regresaría a la ciudad donde nací, a la casa en la que pasé mis primeros meses de vida, la misma que no habría abandonado de no ser por la muerte de papá y el abuelo en aquel accidente cuando yo era un bebe.

Pronto el paisaje cambió, la montaña dio paso a la costa y algo más allá atravesamos una pequeña ciudad con muchos parques y un gran campo de fútbol. Antigonish, leí en el letrero.

Era la primera vez que viajaba tan lejos. La abuela nunca había querido llevarme hasta allí, ni siquiera de visita. Detestaba esa ciudad más que ningún otro lugar en el mundo. Por lo visto, la casa de mamá no le traía buenos recuerdos. En varias ocasiones le había escuchado decir que le resultaba vacía, claustrofóbica. Y, sin embargo, la primera impresión que tuve al verla desde el exterior fue que se parecía mucho a la suya. Se encontraba en las afueras, en un tranquilo barrio dormitorio con pocas casas y muchos árboles, incluso tenía un jardín trasero que lindaba con un pequeño bosque. Mamá aparcó el coche en el garaje y me pidió que la siguiera. Salimos al exterior abandonando todas mis cosas en el maletero y dimos un pequeño rodeo hasta llegar a la entrada principal.

—Toma la llave, Mitchell. Vamos a ver qué tal abres.

Asentí. Introduje la llave en la cerradura y tras dar tres vueltas la puerta cedió sin dificultad.

—Muy bien.

Volvió a cerrarla, sacó la llave y me la dio de nuevo.

—Venga, otra vez —insistió, animada.

—¿Es algún tipo de broma? —Abrí sin problemas una vez más.

Ella rió.

—Quiero asegurarme de que puedes con ella y que no voy a encontrarte en la calle cuando llegue del trabajo. Quédate con esa copia, pero no la pierdas, ¿vale? Le buscaremos un llavero chulo.

Atravesamos el marco de la entrada y pasamos al interior de la vivienda. Mamá cerró tras nosotros con sumo cuidado, sin apenas hacer ruido. Tan pronto como la pesada puerta hizo barrera entre la casa y el mundo exterior, todo quedó en una silenciosa penumbra.

Me quedé quieto, sin atreverme a ir más allá de la entrada. Tras la alfombra de bienvenida había un pequeño recibidor amueblado

con un armario y un banco de madera junto a la pared. Debajo de este, unos cuantos pares de zapatos y botas descansaban dispuestos en hilera; la parte superior se coronaba con un perchero de ganchos en los que colgaban algunos abrigos y un chubasquero lila.

Eché un vistazo alrededor en busca de una sola cosa, un mínimo detalle que pudiera recordar o reconocer de las fotos que había visto en casa de la abuela. Tarea difícil cuando todo estaba tan oscuro que apenas podía distinguir siluetas gracias a la tenue luz que se filtraba por la vidriera de la entrada.

—Mitchell —llamó mi madre en voz baja, sacándome de mi ensimismamiento—. Sé que la abuela te prohíbe andar descalzo por casa, pero aquí lo haremos al revés, ¿vale?

Se sentó en el banco y se descalzó. Yo me puse a su lado y la imité. Dejé mis zapatillas deportivas junto a sus botas bajo el banco, pero ella las cogió y colocó en el interior del armario.

—Guardaremos los tuyos aquí dentro, ¿te parece bien?

Asentí, conforme.

—Venga, vamos a ver el resto de la casa y te enseño tu habitación. Tendrás que ayudarme a ponerla en orden, lleva muchos años sin usarse. —Mamá susurraba y parecía más preocupada por la casa que por la abuela. No quise decirle nada, pero era capaz de ordenar mis cosas sin su ayuda—. Cuando terminemos y la decorees a tu gusto quedará estupenda.

—¿No tengo que ponerme las zapatillas? —pregunté, casi sin creérmelo. «Mitchell, las zapatillas» era la frase estrella de la abuela y la que más repetía a lo largo del día. No soportaba verme descalzo, decía que con los pies descalzos podría coger una pulmonía.

—No —aseguró con una sonrisa paciente—. La madera del suelo se conserva mejor si vamos sólo en calcetines, así no se raya. Eso no quiere decir que no tengas que ponerte nada en los pies, ¿vale? —continuó divertida, tras leerme el pensamiento—. Cuando llegues a

casa, lo primero que tienes que hacer es dejar tus zapatos en el armario y ponerte calcetines limpios. Es algo muy importante, además de ser más cómodo, es silencioso. ¿Te acordarás?

—Ir con calcetines es importante.

—El silencio es importante —puntualizó—. Al igual que cerrar con cuidado cada puerta cuando salgamos y entremos en una habitación.

Fruncí el ceño algo extrañado, aquello era nuevo para mí. No tenía ningún sentido. En casa de la abuela las puertas siempre estaban abiertas, y me dejaba montar todo el alboroto que quisiera, incluso cuando mamá estaba de visita. Ya podía ponerme una cacerola de gorro y darle golpes con un palo corriendo por toda la casa, que eso estaba bien. Pero de pronto, las normas estaban completamente al revés.

—¿Por qué? —quise saber.

—Para no hacer ruido.

Esa respuesta no me aclaró nada y mamá se percató de ello.

—¿Nunca te habló la abuela de mis dolores de cabeza?

—No...

—Si hay demasiada luz o sonidos muy fuertes en un lugar, me acaba doliendo mucho la cabeza. Me pasa desde hace años. A veces tengo que tumbarme en la cama y cerrar los ojos un rato para intentar que el dolor se pase. No te preocupes, no es nada grave, sólo me hace falta silencio —explicó al reparar en mi cara de espanto.

Por unos instantes había imaginado a mamá sufriendo un ataque en el cerebro como el de la abuela por culpa de los dolores de cabeza. Me estremecí.

—¿Y cerrar las puertas ayuda?

—Mucho. ¿Crees que podrás acordarte de hacerlo?

Hice un gesto afirmativo muy seguro de que podría. Ella me sonrió orgullosa y pasamos a ver el resto de habitaciones que no fueron en absoluto lo que esperaba.

Aquel lugar era lúgubre, vacío y triste. Muy diferente a mi anterior hogar, soleado y abarrotado por todos esos enormes muebles de madera oscura, vitrinas con pulida vajilla de plata que nunca se usaba, vitrinas con infinidad de adornos horteras: figuras de porcelana, tapetes, tapices y marcos con fotos. Todas las cosas que hacían de una casa un sitio acogedor, cálido y agradable brillaban por su ausencia.

Las paredes pintadas de blanco immaculado, se veían grises debido a la escasa luz que se filtraba entre las cortinas echadas. Cada habitación tenía el mobiliario mínimo, de formas cuadradas, limpias y monótonas. No podía ver decoración alguna, ni retratos en los que aparecieran miembros de la familia o amigos. Todo tenía su sitio fijo y no había lugar para el desorden.

En el salón, que por decirlo de alguna manera era la zona más alegre de la casa, me encontré con una enorme viga de madera que cruzaba el techo de lado a lado. De esta colgaban un par de plantas cuyas hojas habían comenzado a secarse por la falta de riego. Las tristes macetas, sumadas a unos horribles lienzos pintados con rayas y rectángulos en tonos azules, era lo único que pretendía animar la estancia. El silencio y la austeridad me provocaron un escalofrío, pero continuamos caminando.

Pasado el salón, había unas escaleras que conducían a la planta superior. Allí descubrí que aquel lugar no mejoraba en absoluto. Todo lo contrario, empeoraba. Lo que encontré fue un estrecho pasillo de paredes pintadas con el mismo tono blanco que tenía el resto de la casa. En él parecían haber incrustado varias puertas de madera grisácea y una solitaria ventana con la persiana bajada.

Puertas cerradas y persianas bajadas. Era horrible que mamá tuviera que vivir ahí. Comprendí al instante porqué la abuela detestaba aquella casa. Comencé a agobiarme y a sentir falta de aire. Era como estar encerrado en un laberinto para ratones.

Sentí un alivio inmenso cuando mamá abrió una de las puertas misteriosas. Me recordó a una de esas chicas de la tele dispuestas a descubrir el premio que le depara al concursante. Y, aunque al otro lado no había ningún coche o viaje al Caribe, el hecho de ver una de esas habitaciones con la puerta abierta fue como un soplo de aire fresco que pronto pasó de largo cuando volvió a cerrarla una vez estuvimos en el interior.

—¿Qué te parece? —preguntó expectante. Se acercó a la ventana que se encontraba al fondo y subió la persiana para que la luz diera vida al cuarto—. No te fijas en los montones y trata de imaginarlo con tus cosas. Está bastante bien, ¿verdad? Es más grande que el anterior.

El que una vez debió ser mi dormitorio se convirtió con el paso de los años en una especie de trastero donde mamá guardaba: ropa, bolsos, cajas de pequeños electrodomésticos y otras cosas que todavía no debían de haber encontrado su lugar en aquella extraña casa donde reinaba el orden y las formas rectas. Olía a cerrado y a polvo. Entre todos los bártulos llegué a distinguir una cama, un escritorio, y otras cosas que podría utilizar. Al menos, parecía haber suficiente espacio en el suelo para jugar a las construcciones.

Pasado el dormitorio me mostró el cuarto de baño, su habitación y el despacho en el que trabajaba cuando estaba en casa. Siempre cerrando puerta tras puerta después de entrar en cada estancia, haciendo el menor ruido posible. Todo un ritual que debía aprender.

Durante el resto de la mañana y hasta bien entrado el mediodía, dedicamos todas nuestras fuerzas al proyecto de acondicionar mi nueva habitación. Desalojamos trastos viejos, cambiamos cosas de lugar y llenamos muchas bolsas con basura. Mientras limpiábamos y ordenábamos, hicimos planes para el resto de la semana. Tenía que ir al colegio para matricularme lo antes posible, comprar libros, cuadernos y también algo de ropa, puesto que la mayoría de mis

pantalones estaban muy desgastados en la zona de las rodillas y amenazaban con agujerarse en breve. Aunque a la abuela le habrían parecido bien y los cosería con sus entresijos de hilo, mamá no remendaba pantalones. Ella prefería comprar otros nuevos y llenar más bolsas con basura.

Hasta después de la comida no tuve tiempo para jugar. Mamá estaba ocupada en la cocina preparando varias comidas para el resto de la semana, así que decidí que ya era el momento de trasladar las cajas con mis cosas hasta el nuevo dormitorio. Si tenía tiempo suficiente, volvería a construir el barco que había tenido que desmontar y lo colocaría en el mejor lugar de la estantería.

Me perdí y me equivoqué un par de veces de puerta hasta dar con la del garaje. Suspiré hastiado. Acababa de llegar y ya empezaba a parecerme un tostón eso de que todas las puertas tuvieran que estar cerradas, eran idénticas. Pulsé el interruptor de aquel espacio que olía a viejo, humedad y gasolina. El sitio se iluminó de inmediato bajo la luz de una solitaria bombilla llena de polvo y alguna que otra telaraña. Pude ver que también había un montón de cacharros viejos ahí guardados. La mayoría de ellos metidos en cajas de distintos tamaños, colocadas en sólidas estanterías de metal que se extendían a lo largo y ancho de toda una pared. Entre los montones podían advertirse los restos de una lámpara, una bicicleta, unos cuantos libros y también...

Algo sobre una de las cajas atrajo toda mi atención. Fuera lo que fuese tenía dibujos de rayos pintados, era rojo y amarillo, de aspecto poderoso.

Olvidé por completo lo que iba a hacer allí y me vi trepando, sin darme cuenta, por una de las estanterías en busca de aquella cosa tan llamativa. Cuando por fin pude darle alcance y ver de qué se trataba, superó con creces todas mis expectativas. Sonreí de oreja a oreja.

Era un boomerang. Y no uno de plástico cutre, no. Este era de madera de la buena, incluso pesaba un poco.

Estaba casi nuevo, sólo algo polvoriento. Por lo demás era perfecto, de un color rojo intenso con varios rayos amarillos cruzando su superficie.

—¡Cómo mola!

Aquel era uno de los juguetes más geniales que debía haber en el mundo. Estaba seguro de que la abuela no me habría dejado quedármelo. Recordé una ocasión en la que le dije que iba a fabricar un tirachinas con un trozo de una rama que había encontrado. Se puso hecha una fiera.

—Eso es para salvajes. Sólo los salvajes y los trogloditas lanzan piedras. ¡Y tú no eres ninguna de esas dos cosas Mitchell! —me había reprochado.

Pero la abuela no se encontraba allí para regañarme.

Se me iluminaron los ojos. Tenía que probarlo.

Corrí al recibidor para calzarme sin soltar el boomerang. Estaba tan emocionado que olvidé cerrar las puertas tras mi paso. Até a toda prisa los cordones de las deportivas que mamá había guardado en el armario y salí al exterior.

Me dirigí a la parte trasera de la casa y busqué una zona despejada para poder lanzarlo. El jardín era bastante amplio, pero estaba plagado de árboles, matorrales y malas hierbas en los que el boomerang podría engancharse con facilidad si no iba con cuidado.

Al final me coloqué frente a la casa, de espaldas a los árboles. Pensé que, al tirarlo en esa dirección, como mucho, se caería en el tejado y se deslizaría con facilidad hacia el suelo. Si no lo lanzaba con demasiada fuerza no iría muy lejos.

Adopté la típica pose de lanzamiento de boomerang que había visto en los dibujos animados y lo dejé ir, a la espera de que volara en círculos por todas partes. Para mi desgracia, hizo el mismo

recorrido que habría hecho una piedra y se estrelló un metro por delante de mí.

—Vaya —me dije decepcionado—. No es tan fácil como en la tele.

Por lo visto lanzar un boomerang requiere algo más de técnica que tirarlo de forma guay. O eso, o el mío estaba mal hecho, porque ni había volado, ni dio la vuelta, y mucho menos aterrizó en mi mano de nuevo como se suponía que debía hacer.

No me rendí. Fui a por él y lo volví a lanzar... dos, tres veces. Cuando se estrelló una cuarta no lo hizo de forma tan patética como las anteriores más bien voló unos cuantos metros antes de caer entre un montón de hojas secas. Cada nuevo intento era mejor que su predecesor, y así seguí un buen rato hasta que ascendió rápidamente hacia arriba.

Giró a toda velocidad y dibujó una curva maravillosa que se acercó peligrosamente a una de las ventanas... Vi venir la catástrofe antes de que sucediera y cerré con fuerza los ojos a la espera de oír el sonido del cristal rompiéndose. Por suerte ese terrible sonido no llegó nunca, aunque el boomerang tampoco lo hizo.

Corrí hacia el lugar donde debía haber caído y miré por el suelo bajo la ventana esperando encontrarlo por allí, entre los matorrales, pero no estaba. Busqué por todas partes. Nada. Extrañado por no dar con algo tan llamativo, alcé la vista hacia arriba y examiné la fachada. Unos cuantos metros por encima de mi cabeza, sobresalía un pequeño balcón.

Atascado. Debía haberse colado en la habitación de mamá.

Abandoné el jardín rápido como una centella y me encaramé a la planta superior de la vivienda para recuperarlo. Abrí de par en par la puerta del dormitorio y luego la que daba al balcón, sin embargo, el boomerang tampoco estaba allí.

No era posible. Había mirado bien por el jardín y no lo encontré. El único sitio donde podría haberse colado después de chocar contra la ventana era aquel balcón.

Salí del dormitorio bastante confundido. Notaba todo mi cuerpo acelerado. ¿Dónde podría haber caído?

Observé todas y cada una de las puertas cerradas del angosto pasillo. Procuré hacer memoria y recordar la disposición de las habitaciones que mamá me había mostrado al llegar: mi dormitorio, el baño, el despacho... Era imposible que entrara en alguna de esas porque no tenían balcón. Pero quedaban otras dos en esa misma planta que no me había enseñado. Me dirigí a la primera de ellas, que resultó ser un armario. Intenté abrir la otra con decisión. El picaporte giraba, pero por mucha fuerza que ejercí sobre este, la puerta permaneció inmóvil, como si la hubieran soldado.

De repente la voz de mamá me sorprendió por la espalda. Estaba de pie en el último tramo de las escaleras cargando con una bolsa. Se había detenido al verme allí, sorprendida y espantada a partes iguales.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió nerviosa.

No le hizo falta añadir nada más, comprendí al instante el motivo de su expresión. Enseguida fui consciente de que, con las prisas, me había dejado todas las puertas abiertas, no me quité las deportivas al entrar y el suelo estaba lleno de pisadas de barro.

—Yo... sólo estaba... —Invasado por la culpa y la vergüenza clavé mi vista al suelo. Casi había roto una ventana por lanzar un juguete que cogí sin permiso, no tenía excusa—. Es que estaba jugando en el jardín... he subido... y esta puerta no se abre —balbuceé como un idiota.

Mamá me observó con consternación. Luego posó la vista en el picaporte que intenté girar y pasados unos segundos volvió a mirarme.

—Lleva tantos años cerrada que la madera se ha hinchado y ahora está... —se interrumpió al descubrir con horror mis zapatillas llenas de barro.

—Lo siento —me disculpé arrepentido.

—No pasa nada, cariño. Anda, ven —dijo con tono amable.

Depositó la bolsa que cargaba en el suelo y yo la seguí hasta la planta baja sin poder dejar de mirarme los pies. Me sentía fatal por estar manchándolo todo después del gran esfuerzo que habíamos puesto en limpiar y recoger.

—No me gusta nada que juegues en el jardín. Es peligroso.

—¿Peligroso por qué? —fruncí el ceño extrañado.

Me ayudó a quitarme las zapatillas y las guardó de nuevo en el armario del recibidor.

—Porque está descuidado y lleno de malas hierbas. Habrán familias de mapaches, mofetas y quién sabe si más bichos salvajes por ahí detrás. Seguro que también hay agujeros en los que te podrías caer y hacer daño.

No estaba de acuerdo. Yo siempre había jugado en el jardín de la abuela, que estaba en un terreno junto al bosque. Nunca me pasó nada, y eso que había más animales salvajes en la zona de la montaña que en la ciudad, incluso pumas.

—No me dan miedo los mapaches —reí—. Si tengo cuidado...

—Cariño... —interrumpió, negando con la cabeza—. No salgas al jardín. No hasta que esté en mejores condiciones. Lo arreglaremos en primavera, ¿te parece bien?

—¿Y no podríamos arreglarlo antes?

Mamá me miró llena de preocupación. Asentí pasados unos segundos, entendiendo que no estaba en posición de pedir. No quería que se sintiera mal por mi culpa.

—¿Qué tal si vas a ver un rato la tele hasta que yo termine con la comida? —propuso, cambiando de tema.

—¿Puedo?

—Claro que sí. Pero no subas demasiado el volumen —sonrió—. Y, Mitchell —agregó poniendo los brazos en jarras—, lávate esas manos de tierra primero, anda. ¿O creías que ibas a librarte?

—Ya voy —me reí, y puse rumbo al aseo.

Esta vez el cuarto de baño fue más fácil de encontrar, no como el garaje o el extraviado boomerang. Me preocupaba no haberlo encontrado, pero lo cierto es que parecía haberse esfumado por completo. Su desaparición fue muy extraña. No lo había escuchado caer en el jardín, ni lo vi por ninguna parte. Desapareció tal y como sucede con el arma homicida en las películas de misterio. Tal vez había ido a parar a una realidad alternativa, a otra dimensión. Me entró la risa al imaginar una ventana abriéndose en un universo paralelo y el boomerang apareciendo de la nada dando vueltas sin parar. Sí, esa podría ser una opción. Qué pena haberlo perdido, con lo chulo que era.

Cerré el grifo y cogí la toalla para secarme. Nada más hacerlo, la casa se sumió de nuevo en un silencio sepulcral, y de pronto, un sonido muy fuerte procedente del piso superior retumbó por todo el aseo.

Clavé mi mirada en el techo y sentí cómo se me erizaba la piel y se me ponía el pelo de punta. No había sido cosa de mamá porque ella estaba en la planta de abajo, en la cocina.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Contuve la respiración, inmóvil, paralizado. Puse toda mi atención en cualquier sonido o ruido extraño que pudiera oírse, sin apartar la mirada del techo.

Escuché a mamá recogiendo y nada más.

Más tranquilo, expulsé todo el aire que contenían mis pulmones y volví a respirar con normalidad. Le dirigí una última mirada de desconfianza al techo y salí del baño. Esta vez cerré la puerta con cuidado, tal y como debía hacerse.

CAPÍTULO 2

CUATRO PAREDES



Despierto con un golpe seco, como si hubiera caído desde muy alto y aterrizado sobre el mellado colchón. La luz blanca de noviembre se hace paso a través de los cristales helados. La madera de las ventanas cruje sonora, estremeciéndose al beso del sol nublado. La casa está en completo silencio a excepción de una entrecortada respiración: la mía.

Me sujeto a los bordes de la cama en un intento de paliar la horrible sensación de vértigo. Trato de recuperar el aliento.

Con los ojos llorosos e incapaz de parpadear, me concentro en el techo, en los vértices donde éste se une con las cuatro paredes de mi habitación. Una esquina... dos esquinas... tres esquinas... cuatro esquinas... El cántico se sucede repetidas veces hasta que mi respiración vuelve a la normalidad.

Una esquina, dos esquinas, tres esquinas, cuatro esquinas...

Poco a poco, el mundo deja de bambolearse como un barco sobre la marejada y la sensación de vértigo desaparece. Respiro profundamente y me incorporo para dirigirme hacia el escritorio.

Moverse de un lado a otro puede llegar a suponer un reto, ya que el suelo se encuentra sepultado bajo centenas de objetos. Mi habitación no es la de un adolescente donde un montón de ropa por aquí y un puñado de revistas bajo la cama provocaría a cualquier

madre tirarse de los pelos. Es cierto que por algún lado debe haber ropa y por supuesto bajo la cama anidan, entre marañas de polvo, varias revistas, ensayos y rollos de papel. Tampoco es la habitación impecable de un hombre adulto que muestra su madurez a través de la austeridad minimalista. No, mi habitación es bastante diferente.

Ya no recuerdo el color que tenía el parqué de mi cuarto. Está alfombrado por papeles, botellas vacías y medio llenas, platos sucios, envases de comida rápida, cartones de pizza, libros, bolsas de patatas fritas vacías, envoltorios de chocolatinas, pañuelos usados, lapiceros, cables, mechones de la última vez que me corté el pelo, botellas de vidrio, trozos de plástico, recortes de papel, trozos de madera, bolsas de arena y gravilla... Y es que, cuando uno se encierra durante ocho años en el mismo lugar, las cosas se acumulan, y mucho.

Por supuesto, no me considero una de esas personas que tienden a acumular cosas porque sí. Mi problema no radica en la inhabilidad de desprenderse de ellas. Si hay algo que ya no quiero, lo meto en una bolsa de basura que luego cierro. Lo que ocurre es que no puedo salir de mi habitación, por lo que deshacerse de los montones de desperdicios se convierte en una tarea harto complicada. Es por eso que, hasta que encuentro un modo de sacar la basura, las bolsas de desechos se acumulan y los coleccionables pierden su sitio, en las abarrotadas estanterías, para acabar sepultados bajo pesados libros de Ingeniería Estructural.

Tras tantear con los pies aquí y allí para encontrar el camino, llego a la zona del escritorio cuya silla está ocupada por una caja llena de botellas vacías. Con extremo cuidado, deposito la caja en equilibrio sobre otras que hay en el suelo creando una inestable torre.

En medida de lo posible me gusta mantener el orden de al menos aquellas cosas que me interesan. El resto, que con el tiempo han perdido la importancia (por ejemplo, la ropa), son desterradas al

olvido en los montones que trepan por cada esquina. En este momento, las botellas son lo que más valor tiene para mí.

Al contrario de lo que cualquiera pueda pensar, no tengo un problema con la bebida. Ni siquiera soy demasiado amigo del alcohol, ese desinhibidor que te hace parecer aún más estúpido de lo que eres y te destroza la cabeza al día siguiente. Mi colección de botellas tiene un motivo especial, y más que el vidrio en sí, lo importante es lo que consigo hacer con ellas.

Todos hemos visto alguna vez el típico barco dentro de una botella, y en cierto modo la ciencia no deja de ser la misma. Pero mis creaciones son, a mi juicio, bastante más complejas y hermosas.

Comencé con lo que muchos llaman «botellas imposibles». Su básica es introducir en una botella de vidrio uno o varios objetos mucho más grandes que la apertura de su cuello. Es posible meter una pelota de tenis en una botella de cerveza, y también lo es introducir un cubo de Rubik en una de Cointreau. Un mero juego de ingenio que, como acabo de decir, comparte la misma básica que utilizan con los barcos dentro de botellas: el truco está en introducir el objeto pieza por pieza, y ensamblarlo en el interior.

Al principio era divertido, desafiante. Pedía objetos cotidianos a mi ángel de la guarda a través de mi teléfono mágico y luego estudiaba de qué manera podía hacerlos entrar en la botella más estrecha posible.

Sin apenas darme cuenta, mis estanterías se vieron repletas de esas botellas imposibles llenas de pelotas, nudos, tijeras, barajas de cartas, zapatos y cualquier cosa que pudiera imaginar. Pronto agoté las posibilidades y quise más. Fue en ese momento cuando empecé a construir diminutas maquetas amparadas por el vidrio: mansiones, puentes, monumentos famosos...

No es destreza lo que se precisa para lograr las más exactas reproducciones, es tan sólo cuestión de dedicarle tiempo. Y cuando no tienes otra cosa que hacer, el tiempo siempre sobra.

La vida entre cuatro paredes puede parecer claustrofóbica para cualquiera que se mantenga en sus cabales. Para mí, permanecer al resguardo del mundo exterior ha sido la única opción. Cuando caes tan bajo que ya no te puedes levantar, por norma general tienes dos opciones: o bien le echas tripas al asunto y te levantas de nuevo, o bien terminas con tu vida y te entierras en el agujero. Sin recursos para volver a levantarme y demasiado cobarde para cometer un suicidio y acabar con el asunto, yo he optado por un camino diferente: quedarme sentado, no hacer nada en absoluto. Simplemente me quedo aquí, en mi habitación, en mitad del camino sin tener que escoger entre un lado u otro. Hace ocho años elegí la opción de no escoger ninguna y, hasta el momento, esa decisión ha funcionado.

El truco está en seguir dos reglas muy básicas: una, no pensar en el pasado; y dos, en medida de lo posible, tampoco pensar en el futuro. No hacerse preguntas e intentar disfrutar de las cosas pequeñas, de los hobbies que uno puede permitirse realizar en un espacio tan reducido. Es la única manera de evitar que la carcoma consuma demasiado rápido tu alma.

Duermo durante la mayor parte del día, me alimento de snacks y del plato de comida que dejan tras mi puerta. Leo y releo algunos libros y revistas, escucho una enorme cantidad de cintas de música que conozco de memoria. A veces, dedico horas enteras a observar la condensación en los cristales helados de la ventana, o ver cómo la sombra de la noche devora los colores del atardecer. El resto del tiempo, lo invierto en mis botellas imposibles.

La vida de un encierro perpetuo se vuelve monótona y ensimismada, pero eso no es algo necesariamente malo. La rutina da seguridad, y cuando el mundo entero está contra ti, sentirse seguro y arropado es de agradecer.

Sin embargo, con los años, una niebla permanente se ha ido asentado en mi cabeza. Tal y como ocurre en la vida real, la

oscuridad y la noche son el lugar favorito de monstruos y demonios. Dormir demasiado o dormir demasiado poco puede estropearle la cabeza, pero yo me mantengo firme en conservarme cuerdo. Si veo cosas que no deberían estar ahí, utilizo la lógica para convencerme de que no están, y al poco acaban por desaparecer. El problema surge si uno no tiene la total seguridad de si algo está ahí o no.

Por ejemplo, estoy seguro de que esas risas histéricas bajo mi ventana no están ahí, aunque las escuche claras como el agua. Risas de burla y de cotilleo; de desdén y acusación.

Una gota de sudor resbala por mi frente. No es momento de hacer caso a los fantasmas, ahora tengo que concentrarme.

Con mucho cuidado de no realizar ningún movimiento brusco, deslizo las largas pinzas de acero hacia el interior de la botella, sosteniendo una minúscula piedra de gravilla. Estoy muy cerca de terminar mi última maqueta: un precioso monasterio románico. Una maravilla arquitectónica en lo alto de una colina, rodeado de un bosque verde y un estrecho y serpenteante camino de piedrecitas. He escogido un vidrio de boticario con amplio espacio en el interior, pero con un cuello estrecho por el que hacer pasar las piezas y muy poco margen para la maniobra. Es sin duda un gran reto, pero es justo lo que estaba buscando. Todo es cuestión de planificación. Planificación y concentración.

Las risas continúan, cada vez más fuertes y crueles. Escucho mi nombre entre sus afilados dientes. Me parece reconocer las voces, pero no alcanzo a ponerles cara. Ahora estoy seguro de que están ahí. Deben de ser tres o cuatro. Tal vez sean las vecinas de enfrente y de al lado.

Harto de la burla, me levanto y me dirijo a la ventana, decidido a descubrir quiénes son las desgraciadas que cacarean como gallinas cluecas. Casi puedo verlas con las bolsas de la compra o sujetando la enojada correa de un aburrido perro salchicha.

Echo una ojeada a través de la pesada cortina con discreción. El ventanal de mi cuarto tiene vistas a todo el patio de atrás de la casa. El jardín, por desgracia, se ha asilvestrado por el abandono.

Hago un extensivo barrido con la mirada en busca de las serpientes. El patio carece de porche. Más allá de los matorrales todo lo que hay es el límite de un frondoso bosque.

Allí, bajo mi ventana, no hay nadie.

Abandono la arriesgada posición junto al cristal. Me dispongo a volver a mi mesa cuando de repente, un sonido fuerte y seco se dispara contra el vidrio de la puerta del balcón. El golpe es tan fuerte que mi instinto me obliga a agacharme y cubrirme la cabeza con las manos. Por un momento pienso que hay un loco con un arma suelta por el barrio, disparando a diestro y siniestro, y que es mi fin.

Es terrorífico que alguien vaya por ahí a escopetazos. Cierto es que tengo un pestillo en la puerta y suficiente mobiliario como para tapiar las ventanas, pero no tengo nada para defenderme de un arma de fuego.

Intento calmarme, al menos las risas se han ido. Me acerco de cuclillas hacia la puerta del balconcillo, sin atreverme a asomarme por encima del nivel del cristal. Es entonces cuando me doy cuenta de que el golpe ha dejado una muesca en el vidrio.

Intento pensar con lógica y olvidarme del loco con el arma. A juzgar por la fuerza del impacto no puede tratarse de una bala, pues habría atravesado el cristal sin esfuerzo, y una piedra lo habría hecho añicos. Si hubiese sido un pájaro no habría tenido tanta fuerza como para dejar tal marca y, además, se vería una señal de sangre y plumas.

Tomo aire con fuerza y acciono la manivela de la puerta del balcón. Abro apenas unos centímetros. El gélido aire se cuela en mi habitación sin pedir permiso. El olor de los pinos y la tierra húmeda

me inunda los pulmones que se estremecen con el repentino aumento de oxígeno.

Sujetándome al marco de la puerta como si me fuera la vida en ello, aventuro a asomarme para descubrir el objeto vándalo. Nada más sacar la cabeza me invade una sensación de vértigo y procuro mantenerme pegado al suelo. El cielo está demasiado alto, los árboles están demasiado lejos. Una cosa es mirarlo todo desde la ventana, como quien mira una fotografía. Otra cosa es estar ahí fuera, incluso a medias, expuesto al mundo y a su crueldad.

Me doy cuenta de que tengo los ojos cerrados con fuerza, y que de esa manera no voy a terminar nunca. Logro separar los párpados en meras rendijas y distingo un objeto de color rojo brillante. Alargo la mano y lo cojo velozmente para después cerrar el balcón de inmediato, algún vecino podría verme.

Una vez a resguardo del aire invernal, contemplo el objeto con una mezcla de horror y asombro. Es un boomerang. Grande, curvo, de madera pulida y pintado de color carmesí, con grandes rayos amarillos atravesando su longitud.

La confusión se disipa cuando de pronto recuerdo.

Suelto el boomerang del susto y cae a mis pies.

No es la primera vez que veo el juguete, al fin y al cabo, es de mi propiedad. Lo encontré cuando era niño, estaba abandonado en un rincón del garaje de la casa donde crecí. En aquel momento pensé que alguien que supiera manejar tal artefacto debía verse increíble y poderoso ante los desagradables niños de la escuela. Luego resultó que lanzar un boomerang no era tan sencillo como parecía a simple vista, y que a mí se me daba particularmente mal. Lo conservé durante años, como mero recuerdo del hogar de mi infancia, y acabó siendo uno de esos objetos que conservas por pena a tirarlo, pero que no tienes la intención de volver a utilizar. Y en efecto, la última vez que lo había visto fue en el garaje de mi casa

junto a muchas otras cajas de objetos estúpidos e inútiles que quise traer conmigo al mudarme aquí.

Sólo hay una persona, aparte de mí mismo, con acceso al garaje, y desde luego, no es del tipo que tomaría un boomerang para estamparlo contra mi ventana. Precisamente, Laura, mi mujer y mi ángel, es todo lo contrario.

Tras cerrar la puerta, recojo el juguete del suelo y lo coloco en una estantería apoyado en una reproducción casi perfecta del puente de Brooklyn, que ahora se esconde tras una gruesa capa de polvo. Me alejo lo suficiente como para sentirme seguro en su extraña presencia y estudio sus detalles.

No puede ser otro boomerang igual, es el mío. Incluso tiene la muesca con forma de estrella de aquella vez que lo despeñé sin querer por un barranco. No hay duda, es mi boomerang, pero el mío está en el garaje, no en mi estantería.

Mi mente comienza a dar vueltas en busca de una explicación, pero al no hallar respuesta las ideas se vuelven cada vez más sombrías y supersticiosas. Duendes, hadas, viudas hambrientas de venganza, demonios retorcidos que vienen a cobrarse mi alma, los espíritus de aquellos que cayeron por mi culpa... fantasmas.

Como si algo quisiera corroborar este último pensamiento, una pila de libros decide suicidarse desde lo alto de una estantería. Uno de ellos me golpea la cabeza. Por fortuna es una edición de bolsillo y no causa daños en mi persona.

—Maldito Stephen King y su brillantez— pienso al comprobar la portada.

Encajo de nuevo los libros en lo alto del mueble, sin pasar por alto títulos como «Casas sin puertas», «La zona muerta» o este otro de Peter Straub, cuyo eslogan en portada «No hay pecado sin castigo» lanza un violento escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

Intento convencerme a mí mismo de que soy una persona lógica y no creo en estas tonterías. Las historias de fantasmas hacen un

buen best-seller y te mantienen entretenido mientras las lees, pero son sólo eso: historias.

Miro el reloj. Son pasadas las cuatro y Laura no ha llamado para dejarme la comida. Sé que está en casa, porque he escuchado tanto la puerta de la entrada como ruidos en la cocina. Y sé que todavía sigue aquí porque estoy escuchando pasos que van y vienen todo rato. Cuando llevas tanto tiempo en el mismo sitio es fácil memorizar todos y cada uno de los sonidos, a qué corresponden y en qué orden deberían sonar. Así es más fácil saber cuándo algo no va bien, y el hecho que la comida se esté retrasando indica precisamente eso.

La idea del intruso psicópata con el arma vuelve a golpearme como una bofetada. ¿Y si ha entrado y está registrando todas las habitaciones? ¿Y si mi mujer yace en el suelo desangrándose con una gran herida en la cabeza?

Con manos temblorosas descuelgo el teléfono. El corazón me late con fuerza. ¿A quién debería llamar primero? ¿A la policía o a la ambulancia?

Espera... no.

Cuelgo con un movimiento brusco y me alejo del aparato. No puedo llamar a la policía ni a la ambulancia porque no sólo querrán saber quién llama, sino que comprobarán toda la casa, en especial mi cuarto. No puedo permitirlo. Si hay un intruso en mi casa, tendré que ocuparme yo mismo.

Escucho pasos en la escalera. Demasiado ruidosos para ser Laura.

Miro a mi alrededor, en busca de cualquier cosa para defenderme. Ahora sé por qué todos los padres de familia tienen una pistola en casa. Aunque reconozco que como elemento disuasorio sería bastante útil en estos momentos, me niego por completo a tener una. El mero recuerdo del peso de un revólver en mis manos lanza escalofríos por todo mi cuerpo. Tendré que encontrar una alternativa.

Busco en mi mesa, en los cajones...

¡Ah! ¡Aquí está! Sonrío empuñando mi patética arma de defensa: un cúter de modelismo. No es lo ideal para una pelea cuerpo a cuerpo, pero es mejor que nada.

Me acerco a la puerta y apoyo la espalda contra la madera, a la espera del estallido. Los pasos cada vez están más cerca. Puedo sentir una presencia al otro lado del umbral. Mi respiración se acelera. ¿Por qué no está haciendo nada? ¿Por qué no hay golpes, ni disparos, ni caos?

Aguzo el oído, intento discernir la fisiología de mi oponente. Su respiración es superficial, calmada, demasiado fina como para tratarse de un hombre fornido. Cuanto más me concentro en ella, más pequeño parece. Podría tratarse de mi mujer, o de algo más etéreo, más volátil. Algo fuera de este mundo.

Noto como la sangre abandona mis mejillas y palidezco. Una gota de sudor frío resbala por mi sien.

El pomo de mi puerta comienza a girar, muy despacio. El corazón va a salirse de mi pecho. Siento la presión de una fuerza invisible empujando la puerta, y en ese preciso instante me abalanzo contra la cerradura con todas mis fuerzas, sosteniéndola en su sitio y afianzando el pestillo. Bajo mis manos sudadas, el picaporte se retuerce una y otra vez.

Y de pronto para.

Permanezco aferrado al pomo durante unos minutos, los dedos se me han quedado helados y adormecidos. No sólo los dedos. En el momento que decido aflojar mi agarre, descubro que todo mi cuerpo se ha quedado congelado como un témpano de hielo. Hace un frío antinatural, casi puedo ver cómo mi aliento forma una neblina al respirar.

Me arrebujó en mi manta de lana, plagada de agujeros y manchas de aceite, y me concentro en hacer tres profundas respiraciones.

Cuando por fin consigo llegar al teléfono, marco un solo número. En apenas unos segundos comienza a sonar el del salón.

Utilizo el teléfono para hablar con mi mujer. Ella me llama para informarme de cambios en su rutina, o para avisarme de cuándo va a estar la casa vacía para que yo tenga libre acceso a la nevera o al servicio, si consigo reunir el coraje para salir. Ese es el único momento en el que me atrevo a abandonar mi habitación y recorrer el pasillo hasta el cuarto de baño. Incluso entonces, intento no prolongar nunca mis visitas más de lo necesario, relegando el aseo al mínimo indispensable. Con los años, uno aprende a condicionarse y soportar su propia dejadez. Y en una urgencia... bueno, digamos que tengo mis métodos. Cualquiera cosa con tal de no abandonar mis cuatro paredes si el perímetro de la casa no está seguro.

En pocos segundos descuelgan el teléfono. Su voz amable me devuelve al mundo.

—Laura... ¿Estás bien? —pregunto con apenas un hilo de voz.

Hace días que no sale una sola palabra de mi boca y escucharme a mí mismo me causa repulsión. Hablo tan calladamente como puedo, sin llegar a susurrar, porque también es importante que ella sepa lo que digo.

—Claro que estoy bien, ¿por qué lo preguntas? —Laura deja escapar una ligera risa, fresca y suave, inundada de cariño—. No será por la comida, ¿no? Lo siento Mitch, llevo un día de locos. Enseguida te subo algo.

A juzgar por su tono, Laura parece no tener constancia alguna del terrorífico suceso que acaba de acontecer en nuestra casa. Doy gracias al cielo de que ella esté bien, pero es imposible que no se haya topado con el asesino. A menos que... en realidad no haya asesino alguno y se trate de otra cosa.

—Laura... hay... —me tomo unos segundos para intentar formular las palabras sin que suene demasiado ridículo o disparatado—. Hay algo en la casa.

—¿Algo en la casa? ¿Algo como qué? —pregunta con cierta incredulidad encubierta.

Me doy por vencido. Estoy seguro de que hace ya muchos años que mi mujer piensa que he perdido la cabeza.

—Hace unos minutos alguien ha intentado entrar en mi habitación.

—Miro de soslayo el inmóvil picaporte mientras hablo, temiendo que vuelva a girar solo—. Alguien... o algo... ha intentado venir a matarme.

Escucho la estática del teléfono durante el breve silencio.

—Mitch, ¿estás teniendo problemas para dormir otra vez? —pregunta preocupada—. Si quieres, puedo pedirle al doctor más pastillas para el sueño. Si le digo que tengo estrés en el trabajo me las dará seguro. El lunes estaré toda la mañana de compras, pero quizá podría acercarme al mediodía...

—No hace falta —interrumpo. Tal y como sospechaba, Laura no va a creerme.

Espero unos instantes, pero todo lo que intercambiamos es más silencio.

—Tengo que colgar, Mitch... —Justo antes del pitido muerto, en apenas un susurro dice—: Te quiero.

Abandono el teléfono y me quedo sentado en el suelo, pensativo. Mis ojos vuelven al boomerang rojo y amarillo que descansa sobre la estantería abarrotada de botellas y libros. Quizá todo ha sido una paranoia, un cúmulo de coincidencias improbables, una jugarreta de mi mente enclaustrada.

Ahora mi mujer piensa que soy un enfermo mental. Todo por culpa del dichoso juguete que ha aparecido donde no debía.

Furioso, le doy una patada a la estantería. Los libros de Stephen King y Peter Straub vuelven a precipitarse desde lo alto para caer encima de mí.